

UN VIAJE INESPERADO

de Lucía Santolalla (3º ESO B)

El día que mi padre inesperadamente se levantó de madrugada y me dijo con voz profunda: “ya es hora de que tú y yo hagamos un buen viaje”, cambió mi vida. Ya, de primeras, levantarme tan pronto me supuso un impacto, yo que hasta las once no despierto al mundo, pensaba que estaba soñando. Pero no, ahí estaba él, zarandeándome, con la mochila preparada. De entre las miles de hermanas que tengo, me tenía que elegir a mí, la más perezosa, que no me gusta nada salir de casa, aunque haga sol o haga lluvia. Como con mi padre no tenía mucho trato, él había decidido elegirme a mí, para estrechar lazos y conocer mundo y así convertirme en una muchachita viajera. Pero yo pienso que para eso ya están los reportajes de televisión como: “hormiguitas por el mundo” o similares, ¿qué necesidad hay de meterse en estos berenjenales!

La despedida fue breve, un leve movimiento de antenas con mis hermanas y vecinos y listos.

La ascensión hasta la entrada del hormiguero fue tortuosa, mi padre me iba empujando constantemente y yo me iba agarrado a todos los salientes posibles.

Al salir la luz nos deslumbró ¡por Dios que alguien apague el interruptor!

La mochila era ligera porque el objetivo del viaje, según mi padre, era convertirse en una gran exploradora, capaz de sobrevivir en las situaciones más extremas y, ya de paso conocer mundo.

A los quince minutos de andar todavía no habíamos de esa goma de múltiples colores que había en el suelo porque, aunque no lo creáis, sí, vivíamos pegaditos a un parque infantil. De entre los lugares en los que podíamos vivir, vivíamos al lado de cuarenta mil mocosos saltando sin parar y a los que teníamos que esquivar a todas horas, porque muy buenas ideas no es que tuviesen...

Y allí es cuando uno de esos monstruos puso sus ojos sobre nosotros que tranquilamente íbamos sin molestar a nadie.

Logré escapar porque aún soy joven, pero mi pobre padre, que aunque no lo crea está mayor, no pudo escapar y el mocosito lo cogió con su asquerosa manaza. Pero aquí intervino la suerte, un balón lanzado a toda velocidad impactó en la cara del niño que lo soltó al instante y mi padre medio desmayado, medio aterrado se quedó inmóvil en el suelo. Menos mal que una es valiente y salió al rescate. Llegó dos minutos más tarde y habría acabado aplastado y yo huérfana, pero viajera...

Justo en ese momento paro a nuestro lado una entrañable pareja de ancianos, y ahí pensé: “vamos con estos que por lo menos parecen tranquilos”. Nos subimos a su zapato y llegamos a un enorme vehículo que ¡oh sorpresa! Parecía una casa, con comedor, un baño, una cama y una despensa repleta de comida. Y así es como sin poner una pata en el suelo recorrimos medio mundo, porque sin saberlo nos montamos en una autocaravana y comimos *pizza* en Italia, *croissants* en Francia, salchichas en Alemania, *obwarzanek* en Polonia...

Ya de vuelta en el hormiguero, porque los adorables ancianos resultaron ser nuestros vecinos, contamos nuestras hazañas y demostré a mi padre cómo se puede ser aventurero y sobrevivir con un poco de suerte y astucia.

Por cierto, ya no hicimos más viaje